

DESDE MEXICO

# Los bailes interminables

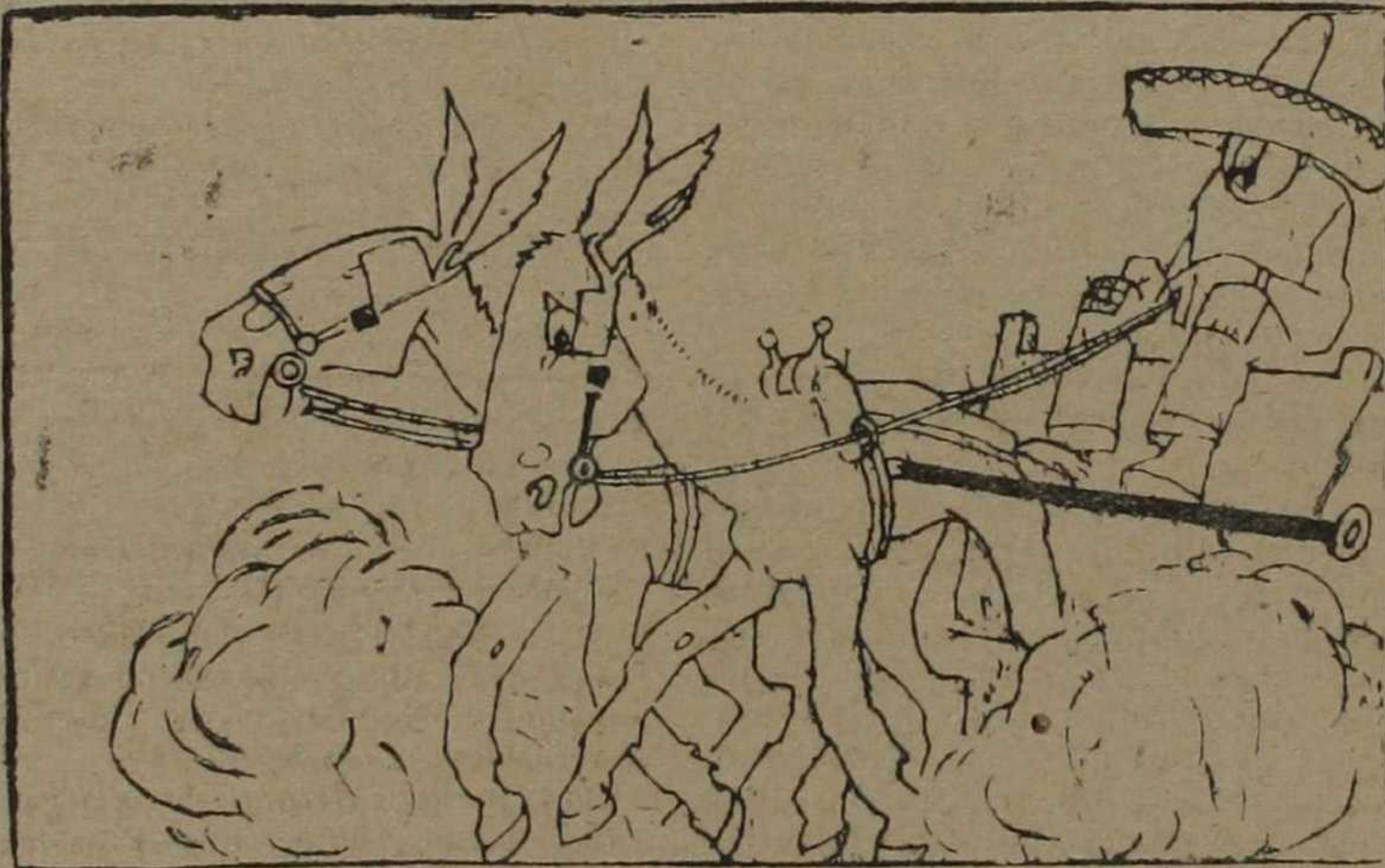
QUÉ es de Terpsícore? Todos los públicos de la ciudad de Méjico, el que va al cine, el que asiste a los toros, el que discurre por las iglesias, el que anda en los centros culturales, el que se distrae en los paseos, el que no sale de casa, desde hace algunos días está desfilando, en montones, en oleadas, torbellinescamente, frente al escenario en donde quisieran eternizarse,—al principio un centenar y ahora una veintena—, las parejas participantes de un concurso de toques bien excéntricos.

Consiste, para no dejar de ser explícito, en saber cuál es el último en

rendirse bailando: con derecho, desde luego, a mudar de pareja si ésta no se siente con ánimo de continuar la danza; a tomar alimentos y cumplir otras necesidades, cada tres horas durante tres minutos, y, finalmente, si optare por desmayarse, a ser atendido por la Cruz Roja, lo cual equivale a su exclusión de la partida.

Propio de los americanos del norte, a quienes no hasta ahora se imita,—quizá porque ellos lo calcularon de la gente británica—, estos bailes de resistencia impresionan con más lentitud, con más fatiga, que un encuentro de boxeadores: este deporte es mo-

## Animales de resistencia



(Excelstor. México, D. F.)

(POR GARCÍA CABRAL).

mentáneo, algo más entretenido que la ejecución eléctrica de un infractor; pero la danza, tan deleitosa a largo de las seis u ocho horas de costumbre, con sus galanteos y sus diálogos a ratos ingeniosos, con sus paseos por el vestíbulo y sus cuadernillos embozonados con nombres comprometidos para el siguiente valse, viene a resultar un suplicio lento y, lo peor, un suplicio atrayente, tal vez por su misma lentitud, que ha obligado a más de un clérigo a recoger sus hábitos y a plegar, como pañuelo de lino, su recato, a más de diez visitadoras de altares... Y a igual que todos, como el abogado de presunción romana, lo mismo que la damita que sólo mira muy discretamente de soslayo, permanecen una, dos, tres horas, contemplando, con tanto interés como desasosiego, la deliciosa y maloliente terquedad de los danzantes; y es que basta acomodarse dos minutos en la silla de un lunetario, a presenciar la apuesta, para que en uno se despierte toda esa prehistoria de que dependemos a pesar de tanta civilización, y que nos hace aptos para la guerra, exigentes en los toros, inflexibles ante el boxeo, tolerantes de muchos espectáculos que debieran celebrarse en cavernas. En los bailes de resistencia, eso sí, revive y aparece una que simula ser nueva circunstancia: la de lentitud; y decimos que es vieja, porque el hombre ya la ha ejercitado en otros tiempos, al imponer el castigo señalado por él mismo en la aparente inexorabilidad de los códigos. La muerte lenta debe haber sido algo deleitante: ir desprendiendo, de un sér humano, miembro por miembro, al paso de los días, gozoso al hacerlo de justicia, mientras, afuera, el viento refrescaba otros hombres y otras turbulencias...

Aparentamos disgusto por la lentitud y quién sabe si somos francos: nos molestará que no ruede con rapidez el ferrocarril que nos lleva a otro punto, mayormente si nos espera una alegría; nos dolerá un agonizar interminable, o porque el paciente es de nuestra familia o porque esa es la probable, cesación total de nuestra actividad biológica; pero cuando aquélla se refiere a cosas que no nos pertenecen, entonces, aunque vayamos cubiertos con buenos casimires y cargando bajo la axila tomos de intención platónica, sentimos un reverdecimiento de alegría, nunca bien disimulada ni en el rincón penumbroso en que nos acomodamos a hacer acto de ausencia y de presencia. Y está probado que toda voz de protesta, en tales momentos, sale de las gargantas que, por razones de competencia, desea el fracaso de la empresa.

Por eso se explica el interminable desfile ante el escenario del Teatro de